

Aproximación a la cartografía grecolatina y muestreo de sus huellas en los fondos antiguos de la Biblioteca Universitaria Hispalense*

Francisco J. González Ponce
Departamento de Filología Griega y Latina

El 14 de septiembre de 2006 marca un verdadero punto de inflexión en los recientes estudios sobre la cartografía griega y romana. Ese día vio la luz en el *Corriere della sera* un artículo ya famoso en el que D. Messina¹ daba a conocer al gran público la opinión contraria a la veracidad del célebre “Papiro de Artemidoro” mantenida por L. Canfora, prestigioso Prof. Ordinario de Filología Griega y Latina de la Universidad de Bari y Director de la revista *Quaderni di storia*. Coincidiendo con la exposición de dicho documento celebrada entre el 8 de febrero y el 7 de mayo de 2006 en el Palacio Bricherasio de Turín tras su definitiva adquisición de manos privadas por parte de la Fondazione per l’Arte della Compagnia di San Paolo para el Museo Egipcio de la capital piemontesa², Canfora, acompañado por algunos de sus discípulos, inicia una larga serie de trabajos³ consagrados a demostrar la falsedad del hallazgo papiroce recientemente divulgado a bombo y platillo, hecho que provoca que todo el fatigoso proceso de análisis y edición discorra desde su inicio —antes incluso de su edición definitiva— bajo la sombra de la duda.

Para entonces el debate sobre el mencionado papiro contaba ya con algunos años de historia. El punto de partida del mismo vino marcado por la aparición en la revista alemana *Archiv für Papyrusforschung* (en 1998, aunque editado el año siguiente) de un estudio en el que C. Gallazzi, Director del Istituto di Papirologia de la Universidad de Milán, y B. Kramer, prestigiosa papirologa de la Universidad de Trier, daban a conocer los primeros datos sobre un descubrimiento de singular importancia: un rollo de más de

* El presente trabajo ha sido elaborado en el marco del Proyecto de Investigación “Literatura fragmentaria histórica y geográfica. La época helenística” (HUM2007-62541), financiado por la Dirección General de Investigación del Ministerio de Ciencia e Innovación.

¹ Cf. D. Messina, “Il papiro di Artemidoro è un falso: Canfora: «Una contraffazione opera di un avventurero dell’800»”, *Corriere della sera*, jueves 14 de septiembre de 2006, p. 39.

² La referencia al magnífico catálogo de la citada muestra se encuentra en GALLAZZI-SETTIS 2006.

³ Publicados casi todos en la revista que él dirige. El pistoletazo de salida lo marca CANFORA 2006, precedido y completado por otro trabajo de un colaborador suyo: MICUNCO 2006.

250 cm de longitud y de aprox. 32 cm de altura, fraccionado en unas 50 piezas, cuyo contenido permite calificarlo de francamente excepcional⁴. Excepcional es, en efecto, que incluya nada más y nada menos que varias columnas de un texto geográfico al parecer perdido hasta el momento; que ofrezca, tanto en el recto como sobre todo en el verso, una serie de esbozos pictóricos sin parangón alguno; y —lo que más nos interesa a nosotros— que entre las columnas del texto nos obsequie con una gran ilustración identificable, casi sin riesgo de error, con un mapa.

A la vista de ello, ambos autores adelantaban entonces a modo de primicia las líneas maestras de lo que luego acabará siendo su tesis al respecto. En su opinión, el documento debe considerarse una especie de edición ilustrada de la *Geografía* de Artemidoro de Éfeso, autor hoy perdido (*floruit ca.* 104-101 a.C.) del que sólo conocemos las citas indirectas de sus muchos seguidores (entre ellos Estrabón, sólo varias décadas más joven, y Marciano de Heraclea); en concreto reproducía el comienzo del libro II (descripción de Iberia) de los once que completaban su obra, según se deduce de una coincidencia literal de nuestro texto con una cita de ese libro debida a Constantino Porfirogénito (*Admin. imp.* 23), deudor de Esteban de Bizancio (= Artemidoro, fr. 21 Stiehle). Una vez incorporado el texto por parte de un escriba profesional a mediados del s. I a.C. —con posterioridad se retrasa hasta comienzos del s. I d.C.— probablemente en Alejandría, el papiro pasó al estudio de un diseñador encargado de incorporar una serie de ilustraciones cartográficas (al menos dos), de las cuales sólo se inició una entre las columnas III y IV, cuyo resultado —no sabemos exactamente por qué causa⁵— no gustó al propietario, lo que motivó que el mapa quedase inconcluso (no está rotulado) y el rollo fuese desechado. Posteriormente fue reutilizado aprovechando el verso, hasta ahora vacío, donde se incluyó a lo largo del s. I d.C. un amplio catálogo de bocetos de animales de gran valor artístico, pensado quizás como muestrario para mosaicos o pinturas animalescas por encargo. Por último, y tras caer en desuso el citado muestrario, antes del final del reinado de Domiciano el papiro habría conocido una segunda reutilización: nuevamente se habrían aprovechado los huecos existentes en el recto (antes de la columna I y después de la V) para realizar un número de bocetos de partes del cuerpo humano, de menor calidad pictórica (quizás copias de retratos y estatuas clásicas y helenísticas), que podrían interpretarse como ejercicios de formación de artistas principiantes adscritos al mismo taller. Para concluir, nuestro papiro, junto a otros 25 de contenido administrativo pertenecientes a la segunda mitad del s. I d.C. (actualmente en proceso de análisis en la Universidad de Milán), se aprovechó hacia finales del siglo como material de un *cartonnage* destinado a la envoltura de momia, algún tiempo después de carecer ya de toda utilidad, y como tal fue encontrado en un vertedero de Asiut (Egipto) y comprado en la primera mitad de la pasada centuria por el coleccionista privado Saiyid Khâshaba Pasha, cuyos familiares lo hicieron llegar a Alemania (Universidad de Trier) en los setenta, para acabar en manos de sus actuales propietarios en julio de 2004.

Fue precisamente la excepcionalidad del documento lo que, como dijimos, despertó las prontas sospechas de Canfora⁶. Para el Profesor de Bari casi todo es sospechoso: que

⁴ Cf. GALLAZZI-KRAMER 1998.

⁵ Quizás porque la región representada era sólo la Bética y no toda Iberia, como exigiría el texto adjunto.

⁶ La aparición de la referida noticia de D. Messina en el *Corriere* sobre la postura crítica de Canfora desencadenó una inmediata polémica (recogida toda en www.archaeogate.org): el día siguiente (15/09/2006) se hacen eco de la misma E. Ferrero (*La Stampa*), M. Paglieri (*La Repubblica*), A. Malnati (*Avvenire*) y el propio Messina (*Corriere della sera*); polémica que continúa los días siguientes: el propio S. Settis, Director de la Scuola Normale Superiore de Pisa, del Istituto di Archeologia de dicha Universidad, Comisario de la exposición de Turín y futuro coeditor del debatido papiro, defiende su autenticidad el 16/09/2006 en

un conocido mercader de origen armenio afincado en Hamburgo ofreciera el papiro a los especialistas de la Universidad de Milán, que nunca se haya descrito el aspecto original del *cartonnage* (sólo se muestra una foto del mismo ya parcialmente desmontado⁷), que no se hayan sacado a la luz ninguno de los otros 150 fragmentos papiráceos que lo integran, que nuestro rollo no conserve ninguna marca de ese amasijo. Pero aparte del material, a Canfora le parece sospechoso el propio texto: según él está compuesto en una lengua poco cuidada, con grandes errores gramaticales respecto del griego clásico, una lengua con resonancias muy tardías (mantiene multitud de paralelismos con la prosa tar-doantigua y bizantina), aparte de que las noticias geográficas que ofrece contradicen los datos de los propios fragmentos de Artemidoro. Además le llama la atención el hecho de que la col. IV halle eco, sin más, en dos textos diversos: las líns. 1-14 se reproducen en el ya aludido cap. 23 del *De administrando imperio* de Constantino Porfirogénito (948-952) — ¡en consonancia, incluso, con las conjeturas propuestas por Meineke en 1849!—, que cita, en parte, la voz *Iberiai* de Esteban de Bizancio (s. VI) (donde se menciona el nombre de Artemidoro), y las líns. 18-24 coinciden con un pasaje del *Periplo del mar Exterior* (II 6) de Marciano de Heraclea (ca. 400). E intenta resolver tal peculiaridad en sentido inverso: para él ambas coincidencias no demuestran la autenticidad de nuestro texto, sino que atestiguan que éste sería obra de un único autor, el cual, junto a retoques propios, ha manejado para su composición dos modelos: el *Periplo* de Marciano y una cita de Esteban en Constantino que no presupone el texto original de Artemidoro, sino el *Epítome* del mismo que realizara también Marciano y que Esteban, sin duda, manejó. Sólo a este Artemidoro “tardío” podría atribuirse la versión en litigio. Es más, tampoco parece guardar lógica la propia distribución del texto: choca el carácter indudablemente general e introductorio de las cols. I-III, partes de una indiscutible introducción teórica, por lo demás muy similar a cierto ejemplar moderno⁸, cuya ubicación se esperaría mejor en el libro I de la *Geografía* original que a comienzos de este libro II, donde le sigue, además, de forma muy abrupta, una descripción de Iberia bastante esquemática. Por último, también los bocetos animalescos son espurios, dado que hay entre ellos hápax y representaciones de seres sólo tardíamente documentados, y la única razón que justifica el conjunto es que muchos de ellos son citados por tres Artemidoros: nuestro geógrafo, el onirocrítico y un tercero, astrónomo, del que habla Séneca. Todo ello permite a Canfora la siguiente conclusión: nos encontramos ante una falsificación tardía, obra del famoso Constantino Semonides (1824-1867 ó 1890), teólogo, pintor, aventurero y famoso falsificador, experto en griego tardío, lector habitual de Esteban y de Marciano, quien se habría entretenido en homenajear a todos los Artemidoros conocidos mediante la elaboración de un deficitario texto geográfico fruto de sus lecturas antiguas y modernas, adobado con un mapa muy similar al incluido en los folios robados por él en el monte Atos y con un catálogo de extraños dibujos alusivos a las obras de aquéllos.

La Repubblica (cf. nuevamente Malnati en *La Nazione* del 17), a quien contesta, contundentemente, Canfora un día después en el *Corriere*; y aún contamos con otros dos artículos de prensa ese mismo día: M. Assalto (*La Stampa*) y I. Furia (*L'Unità*). El debate traspasa las fronteras italianas: cf., p. ej., E. González en *El País* el 1/10/2006. Más noticias en los sitios www.celtiberia.net y www.terraeantiquae.com.

⁷ Cf. GALLAZZI-KRAMER-SETTIS 2008, p. 61.

⁸ En una conferencia celebrada en el Aula de Grados de nuestra Facultad de Geografía e Historia el pasado 27 de mayo de 2008, Canfora insistió, como novedad y por indicación de M. Calvesi (cf. *Corriere della sera*, 7/4/2008), en los estrechos paralelismos textuales entre estas primeras cols. del papiro y la introducción al famoso *Die Erdkunde im Verhältniss zur Natur und zur Geschichte des Menschen* del “padre” de la geografía moderna: K. Ritter (1779-1859), cuya traducción francesa (*Géographie générale comparée ou Science de la Terre dans ses rapports avec la nature et l'histoire de l'homme* [Paris 1836, Bruxelles 1838]) tuvo una enorme repercusión en los círculos humanísticos del momento.

Una novedad de este tamaño, puesta en duda tan pronto y por parte de una personalidad del peso de Canfora, levantó, como adelantamos, un interés fuera de lo común: desde la primera noticia del hallazgo en 1998 —pero especialmente desde la muestra de Turín en 2006— hasta hoy tanto su veracidad como su falsedad han sido defendidas con entusiasmo. El elenco de publicaciones sobre el tema se ofrece, casi completo⁹, a comienzos de la lujosa y tan ansiada edición definitiva del documento, recién editada¹⁰: más de 600 págs. en gran formato, acompañadas de preciosas reproducciones del papiro a tamaño natural (y en versión digital), pruebas químicas de la autenticidad del mismo y un amplio estudio textual, cartográfico y pictórico; es decir, todos los elementos necesarios para emprender futuros estudios con las garantías de las que se carecía hasta ahora. Dicha edición, reforzada por la coetánea aportación de alguno de sus responsables¹¹, no fue todavía conocida por Canfora en la elaboración de, al menos, dos¹² de sus tres¹³ recientes volúmenes en los que recoge sus opiniones. La polémica, como vemos, no ha hecho más que empezar¹⁴. Evidentemente, no es éste el momento de escudriñar los entresijos de una cuestión tan atractiva para el filólogo, que sacamos a colación por un solo motivo: si se concede credibilidad al papiro habríamos de admitir la existencia de mapas ilustrativos de textos geográficos en una fecha tan temprana como el final de la época tolemaica o, a lo sumo, el inicio de nuestra era¹⁵.

En efecto, y como ya adelantamos, en el espacio libre que separa las columnas III y IV el rollo nos ofrece el diseño de una carta¹⁶ muy esquemática de más de 93'5 cm (aunque originariamente pudo superar los 99, e incluso alcanzar los 113). Lo que puede observarse¹⁷ se reduce a una serie de líneas dobles y simples guarnecidas —casi exclusivamente en su cuadrante superior izquierdo— por una serie de viñetas de diversa índole. No obstante, la interpretación de tal gráfico, calificable de absolutamente único¹⁸, sigue siendo un enigma¹⁹: los editores del papiro interpretan las líneas dobles como cauces de ríos y las simples como vías terrestres, mientras que la mayoría de las viñetas representarían edificios y aglomeraciones de casas, aparte de una posible piedra miliar, un altar y un paisaje que incluye escarpados, montes y árboles. Ello, sin embargo, no es suficiente para su desciframiento: de entrada deben descartarse las representaciones de toda la ecúmene o de partes de ésta²⁰, y, aunque lo más lógico es relacionar su contenido con el territorio descrito en el texto adjunto, tampoco es posible apreciar la silueta de toda la península Ibérica, de ahí que sólo resta suponer que se trate de un mapa regional de ésta,

⁹ Faltan algunos títulos secundarios, p. ej., GANGUTIA ELÍCEGUI 2006. El último estudio al que hemos tenido recientemente acceso es el de RUIZ ACEVEDO-CAMPOS CARRASCO 2009.

¹⁰ Cf. GALLAZZI-KRAMER-SETTIS 2008, pp. 55-56.

¹¹ Cf. SETTIS 2008.

¹² Cf. CANFORA 2007; 2008. Para una valoración de los argumentos esgrimidos por Canfora y sus colaboradores en esta última obra en comparación con los postulados defendidos en la edición oficial puede consultarse la reciente reseña de A. J. DOMÍNGUEZ MONEDERO, *AEA* 81, 2008, pp. 305-309.

¹³ Cf. CANFORA-BOSSINA 2008.

¹⁴ Una prueba del interés general que ésta suscita puede verse en el hecho de que el tema se haya convertido incluso en materia novelesca: cf. FERRERO 2006.

¹⁵ Tal es la opinión que, de forma más cautelara, mantienen últimamente los editores. Cf. GALLAZZI-KRAMER-SETTIS 2008, p. 91.

¹⁶ Un análisis pormenorizado de la misma puede verse en GALLAZZI-KRAMER-SETTIS 2008, pp. 276-308.

¹⁷ Una reproducción completa de la carta, a tamaño natural, se incluye en GALLAZZI-KRAMER-SETTIS 2008.

¹⁸ Los propios responsables de su estudio reconocen la ausencia en papiros literarios de cualquier diseño que pueda compararse a una carta geográfica. Cf. GALLAZZI-KRAMER-SETTIS 2008, p. 279.

¹⁹ Véanse las críticas que vierte sobre ella CANFORA, 2008, pp. 21-38.

²⁰ Cf. GALLAZZI-KRAMER-SETTIS 2008, p. 293.

donde se representaría —indistintamente— el valle del Ebro o el del Guadalquivir, si bien la orografía de ambas zonas se adapta muy mal al croquis conservado²¹. Sea como fuere, debería admitirse²² que el origen de nuestro mapa remonta al propio Artemidoro, quien estimaría indispensable la ilustración de sus descripciones verbales con ejemplos gráficos similares, aunque el que ahora contemplamos respondería más bien a una versión actualizada y romanizada del propio diseño del autor.

El papiro, por tanto, no sólo rompe una lanza en favor de la existencia de cartas geográficas en la antigüedad, sino que es también un alegato en favor de su uso temprano: al menos a finales del s. II a.C., si se admite la última suposición de sus principales estudiosos. Pero aún hay más. El pasado 11 de noviembre de 2005 *La gazzetta del mezzogiorno* daba a conocer la exposición un nuevo hallazgo en Italia de incalculables consecuencias para la controvertida historia de la cartografía antigua²³: el 23 de agosto de 2003 el arqueólogo belga Th. van Compernelle encontró en Soletto (provincia de Lecce, en Apulia) un pequeño *ostrakon* de vaso ático de barniz negro (aproximadamente del tamaño de un sello de correos), datable *ca.* 500 a.C., sobre el que se ha arañado un mapa —conocido a partir de entonces como “mapa de Soletto”— representativo del extremo de la península Salentina²⁴. Aparte de un trazado casi perfecto de la línea costera, dicho mapa ofrece otras llamativas singularidades: marca de ambos mares (Jonio y Adriático) mediante líneas paralelas en zigzag e inclusión de 13 topónimos fijados por puntos y grabados en caracteres griegos, si bien sólo uno (*Taras* = Tarento) se expresa en esa lengua, mientras que los 12 restantes (en abreviatura y casi todos sin identificar) aparecen en mesápico, idioma de las tribus locales.

La relevancia del hallazgo estriba, precisamente, en su antigüedad, que desvirtúa en parte el impacto informativo del Papiro de Artemidoro: si éste se valida habría que retrotraer el uso de la cartografía en Grecia nada menos que unos 400 años y aceptar su manejo en una fecha tan temprana como el final de la época arcaica. Conscientes de tal mérito, Compernelle y sus colaboradores se decidieron a presentar científicamente dicho descubrimiento en el marco de un ambicioso coloquio internacional celebrado en la Universidad Paul Valéry Montpellier III en marzo de 2005²⁵, evento cuyos resultados, a pesar de lo ambicioso de su programa²⁶, no han sido todavía publicados. Poco después (en noviembre) el mapa fue presentado por vez primera al gran público en el Museo Arqueológico Nacional de Tarento, sede de una exposición especial sobre el mismo. Sin embargo, actualmente se admite casi por consenso su condición de falso: hablan otra vez en contra de esta nueva carta las anomalías en el proceso de divulgación (silencio de casi dos años después de su descubrimiento, ausencia de publicación oficial) y la peculiaridad de su aspecto²⁷, cuya excesiva “modernidad” contrasta con la práctica común en los

²¹ Cf. GALLAZZI-KRAMER-SETTIS 2008, pp. 294-304.

²² Cf. GALLAZZI-KRAMER-SETTIS 2008, pp. 305-308.

²³ La noticia fue divulgada a nivel internacional siete días después por el diario británico *Telegraph* (H. Clarke).

²⁴ Véase su reproducción, p. ej., en el sitio www.terraeantiquae.com.

²⁵ *La “Mappa di Soletto”. Échanges de cultures en Méditerranée ancienne*. Colloque International, Montpellier, 10-12 mars 2005.

²⁶ Una relación completa del mismo puede verse en el sitio www.terraeantiquae.com. Al margen de este acto de presentación, la pieza siguió dando que hablar por aquel entonces en los foros especializados internacionales: en ese mismo año, p. ej., D. Meyer y E. Wirbelauer (Estrasburgo) disertaron sobre ella en el encuentro internacional *Abschlussstagung FG rHist V: Die Geographen*, Celebrado en la Albert-Ludwigs-Universität de Friburgo bajo la dirección de H. J. Gehrke.

²⁷ Cf. al respecto GALLAZZI-KRAMER-SETTIS 2008, p. 278, n. 12.

genuinos testimonios antiguos.

Ahora bien, las sospechas que se ciernen sobre estos dos últimos hallazgos —cuya originalidad los desautoriza como modelos válidos de la cartografía clásica (F. Prontera)²⁸— no deben acrecentar nuestro pesimismo hasta cotas injustificadas. Evidentemente, el uso de materiales cartográficos en el mundo grecolatino queda fuera de toda duda, por muy precario que pueda ser nuestro conocimiento de éstos. No son muchas, en efecto, las noticias antiguas sobre la existencia y el uso de mapas si se las compara con las descripciones geográficas verbales, generalizadas a lo largo y ancho de las literaturas clásicas. Dicho ramillete de informaciones²⁹, además, nos habla de la diversa naturaleza y finalidad de una cartografía que, en todo caso, difiere notablemente de lo que hoy entendemos por tal. Aparte de una serie de testimonios (anemoscopios, centuriaciones de los agrimensores, planos catastrales, plantas de ciudades o de edificios, planos de túneles, de acueductos, etc.³⁰) suficientemente documentados en época romana, pero cuya índole topográfica o arquitectónica niega su plena condición de mapa, ni siquiera la de un mapa antiguo, los textos³¹ nos hablan del uso de la carta al menos en cinco ámbitos distintos.

Una de las primeras inquietudes de la ciencia griega fue ofrecer una descripción comprensible de la forma de la tierra en el conjunto de las aguas que la rodeaban³². El comienzo de la *Geografía* de Estrabón (ca. 63 a.C.-19 d.C.) se abre precisamente con la afirmación de que tal disciplina es por antonomasia la propia del filósofo, y establece la lista de sus más ilustres predecesores³³. El pasaje remonta a Eratóstenes (ca. 280-193 a.C.)³⁴ y halla eco más tarde igualmente en Agatémero (ss. I-II d.C.)³⁵. Según dicha tradición habría sido el milesio Anaximandro (ca. 610-546 a.C.) el *prótos heuretés* de la cartografía griega: a él se atribuye el diseño de la llamada “carta jonia”, un disco plano donde la ecúmene (“tierra habitada”) se dividía en dos mitades (Europa al Norte y Asia-Libia al Sur)³⁶, con Delfos como centro, y se mostraba rodeada totalmente por el Océano circular. El modelo habría sido mejorado por su compatriota y contemporáneo Hecateo y, luego, criticado por Heródoto y Aristóteles³⁷, mientras sus últimos ecos pueden verse todavía en Éforo (405-330 a.C.). También pronto el diseño ecuménico se benefició de los logros en los terrenos de la geometría y de la astronomía: al propio Anaximandro, a Pitágoras y a Parménides se atribuyen el descubrimiento de la esfericidad de la tierra, su división en zonas climáticas y la inclinación de la eclíptica. Como consecuencia de ello la geografía ingresó de lleno en el ámbito de la ciencia: el platónico Eudoxo de Cnido (ca. 395-342 a.C.) y el propio Aristóteles concebían la tierra como una esfera inmóvil en el centro del universo en movimiento, cuyo dominio intelectual se vio favorecido a lo largo del último tercio del s. IV a.C. por los avances en geometría debidos a Autólico de Pítane y Euclides y por los descubrimientos empíricos fruto de las campañas de Alejandro y de la expedición de Piteas. La conjunción de ambos factores propició el nacimiento de una nueva cartografía ecuménica que, liberada de la experiencia viajera como úni-

²⁸ Véase al respecto recientemente BIANCHETTI 2008, pp. 116-117.

²⁹ Para una rápida consulta de este elenco cf. BIANCHETTI 2008, pp. 111-132.

³⁰ Véase al respecto DILKE 1985, pp. 87-111; 1987b; 1987c (con abundante bibliografía).

³¹ Relacionamos a continuación sólo las noticias más relevantes.

³² Ofrece un buen resumen de esta cuestión, con amplia bibliografía, BIANCHETTI 1997.

³³ Cf. STR., I 1, 1.

³⁴ Cf. ERATOSTH., fr. I A 1 Berger.

³⁵ Cf. AGATHEM., I 1.

³⁶ Véase al respecto DILKE 1985, p. 22.

³⁷ Cf. HDT., IV 36, 2 y ARIST., *Mete.* II 5, 362b.

co medio de información, operaba fundamentalmente con proyecciones geométricas: mediante el establecimiento del meridiano (Méroe-círculo polar) y el paralelo (Gibraltar-Hindukush: *euthéia*) fundamentales, el peripatético Dicearco de Mesene (ca. 300 a.C.), a cuyo mapa parece referirse Cicerón³⁸, fijó la máxima latitud y longitud de la tierra y calculó sus medidas. Con ello sentó las bases de la carta eratóstenica, el primer diseño que conjugó con criterios científicos la definición de todo el conjunto (una ecúmene con forma de clámide que ocupaba algo menos de un cuarto de la esfera) y de sus partes individuales (las *sphragídes*, sectores regionales de traza poligonal), todo ello representado en una proyección plana segmentada por una retícula de paralelos y meridianos irregulares que inauguran la evolución parcial de un espacio lineal a otro bidimensional. La fortuna de Eratóstenes fue enorme: sus datos fueron pronto criticados por Hiparco de Nicea (190-125 a.C.) y planean sobre las geografías descriptivas de las dos centurias siguientes (Polibio, Agatárquides de Cnido, Artemidoro, Posidonio). Con todo, el diseño eratóstenico halló un rival en el modelo defendido por el filósofo estoico Crates de Malo (ca. 150 a.C.), autor, según Estrabón³⁹, de una esfera con la representación de la tierra dividida por el Océano en cuatro partes simétricas, con presunción, por tanto, de la existencia de otros mundos aún inexplorados. Sus ideas tuvieron gran repercusión en ámbito romano (Cicerón) y pervivieron en la baja antigüedad (Macrobio, quien al parecer manejó una carta⁴⁰, y Marciano Capela⁴¹). Todo este enorme legado geográfico, formado principalmente a lo largo del helenismo, llega con el cambio de era a manos de Estrabón, su principal divulgador y responsable de su conocimiento actual: a él debemos la composición de una preciosa descripción ecuménica en sentido horario en 17 libros (partiendo de Gibraltar) en la que el autor da cuenta de todos los pormenores considerados útiles para los intereses de Roma. Por último, la geografía de corte geométrico-astronómico que consagrara Eratóstenes fue llevada a su máxima expresión por parte del alejandrino Tolomeo (ca. 100-178), matemático y astrónomo además de geógrafo, quien, siguiendo a su predecesor Marino de Tiro (ss. I-II), compuso una *Geografía* en 8 libros en la que, tras una introducción teórica en el I, facilitó entre el II y el VII el catálogo de todos los topónimos conocidos con indicación de sus coordenadas (latitud y longitud), seguido al final por la descripción de la esfera armilar y el diseño del mapa de la ecúmene, y destinó el VIII al esbozo de 26 mapas regionales (10 de Europa, 4 de Libia y 12 de Asia). La vigencia de esta obra, como veremos, perdurará como mínimo hasta la época de los grandes descubrimientos.

Estrechamente ligado al anterior uso de la cartografía antigua se halla su importante papel en el ámbito filosófico-educativo, del que tenemos igualmente algunas noticias. La más conocida quizás sea aquel famoso pasaje de Aristófanes⁴² en el que cierto discípulo de Sócrates muestra un mapa de toda la tierra a un Estrepsíades que, lleno de asombro, busca Atenas y no ve en ella los jueces impartiendo justicia en el Tribunal, aunque reconoce perfectamente Eubea y siente pavor ante la cercanía de Esparta. El citado caso demuestra que en la Atenas del último tercio del s. V a.C. (las *Nubes* se representaron en 423) los ciudadanos debían estar lo suficientemente familiarizados con el diseño gráfico de la ecúmene como para que el autor pudiera explotar en sentido cómico tal tipo de

³⁸ CIC., *Att.* VI 2, 3, parece haber comprobado *Dicaearchi tabulis* la condición costera de las ciudades más importantes del Peloponeso. Cf. al respecto JANNI 1984, p. 32, n. 42.

³⁹ Cf. STR., II 5 10.

⁴⁰ MACR., *Somn.* II 5, 16, da a entender que maneja una carta orientada al Norte. Cf. al respecto JANNI 1984, p. 32, n. 42.

⁴¹ Sobre la tradición medieval de ambos autores latinos véase lo expuesto *infra*.

⁴² Cf. AR., *Nu.* 200-216. Véase sobre esta noticia LANZILLOTTA 1988.

episodios⁴³. De la importancia del mapa como elemento didáctico en los centros filosóficos habla igualmente después Teofrasto, el sucesor de Aristóteles en la Academia (370-287 a.C.), quien insiste en su testamento⁴⁴ en que tales ejemplares deben permanecer en el pórtico inferior. Y ese mismo papel educativo debió mantenerse hasta finales de la antigüedad, según se deduce de noticias como la debida al rétor Eumenio, quien en 298 agradeció en el foro de Autun al emperador Constancio Cloro⁴⁵ la restauración de la escuela de la ciudad, dotada de un gran mapa mural de la tierra imprescindible para el cotidiano aprendizaje de los alumnos.

Pero la carta no fue sólo emblema del debate científico-filosófico y herramienta didáctica de primer orden. Frecuentemente fue, además, reflejo del grado de dominio político del mundo conocido por parte de los dirigentes de turno, que solieron hacer uso de ellas en clave propagandística. Según Eliano⁴⁶, ya Sócrates mostraba a Alcibiades un mapa del mundo conocido expuesto en Atenas, quizás con especial representación de los territorios ligados políticamente a la ciudad, en el que el joven alcmeónida reconoció las propiedades de su familia. Fuentes tardías⁴⁷ nos hablan de que *ca.* 44 a.C. Julio César encomendó a cuatro geógrafos griegos la medición y el diseño del mundo, dividido en ese mismo número de partes (este, oeste, norte y sur). El resultado, cuya culminación no pudo contemplar su inspirador (se tardó más de treinta años en realizar la tarea), se vio posteriormente completado por Agripa, el amigo, compañero de armas y yerno de Augusto. Tras su muerte en el año 12 a.C. Augusto hizo colocar en el Pórtico Vipsania (Campo de Marte) un enorme mapa mural de la ecúmene⁴⁸, proyectado por Agripa, cuya finalidad era que los habitantes de Roma pudiesen contemplar un mundo a la sazón dominado por las legiones y unificado bajo el águila imperial, toda una muestra propagandística de la ideología del nuevo príncipe. Idéntica finalidad puede atribuirse a otro mapa de mucha menor envergadura: nos referimos al presumible diseño de Etiopía realizado por los integrantes de la expedición a la región de Méroe auspiciada por Nerón⁴⁹. Por último, habría que incluir en este apartado el mapa del imperio bizantino que mandara hacer Teodosio II *ca.* 435 de acuerdo con un poema anónimo compuesto en hexámetros latinos⁵⁰, un mapa inspirado quizás en el de Agripa que debió existir todavía a comienzos del s. IX, a juzgar por los comentarios sobre el mismo del irlandés Dicuil⁵¹.

Pero al margen de lo dicho, la mayoría de noticias conservadas nos hablan de la carta como instrumento militar. Los testimonios más antiguos de este nuevo uso remontan a Heródoto, y son contemporáneos de las Guerras Médicas. El primero de ellos⁵² se refiere a un posible esbozo gráfico de las costas de Grecia realizado por los expedicionarios que, a las órdenes de Democedes de Crotona, enviara en misión exploratoria a territorio

⁴³ Para otros datos que confirman el manejo de la cartografía en la Atenas Clásica cf. GONZÁLEZ PONCE 2008, pp. 195-196 (con bibliografía).

⁴⁴ Cf. D. L., V 51.

⁴⁵ Cf. EUM., 20.

⁴⁶ Cf. AEL., VH III 28.

⁴⁷ La *Cosmographia Iulii Caesaris* de Julio Honorio (*ca.* 312-400, *GLM*, pp. 21-23 Riese) y la anónima *Cosmographia* (s. VI, *GLM*, pp. 71-103 Riese).

⁴⁸ Cf. especialmente PLIN., *Nat.* III 16-17, VI 139. Los frgs. de la *Chorographia* de Agripa pueden verse en *GLM*, pp. 1-8 Riese.

⁴⁹ Cf. PLIN., *Nat.* XII 19. Véase al respecto JANNI 1984, p. 30, n. 37; DILKE 1987d, p. 253. Sobre la expedición véase DESANGES 1978, pp. 321-325.

⁵⁰ Cf. *PLM* V, p. 84 Baehrens.

⁵¹ Véase al respecto DILKE 1985, p. 169; 1987e, p. 259.

⁵² Cf. HDT., III 136. Véase al respecto JANNI 1984, pp. 28-29; 1998, p. 46.

helénico Darío I. Sigue aquel conocidísimo pasaje⁵³ donde el halicarnasio narra los pormenores de la expedición emprendida por el tirano milesio Aristágoras (499-498 a.C.) en busca de aliados griegos contra Darío, acompañado, como medio de persuasión, de un mapa de la tierra de inspiración jonia (véase *supra*), justo lo que disuadió de intervenir al rey espartano Cleómenes. La euforia militar es, igualmente, lo que incita a los ciudadanos atenienses, imbuidos por el entusiasmo de Alcibíades, a improvisar mapas de Sicilia y sus alrededores momentos antes de la expedición contra la isla (415 a.C.), como recuerda Plutarco⁵⁴. El mismo biógrafo reconoce⁵⁵ que el general aqueo Filopemén (*ca.* 250-182 a.C.) tenía constancia de cierta especie de cartas topográficas, aunque rehusaba hacer uso de las mismas⁵⁶. Con posterioridad, refiere Livio⁵⁷ la dedicación a Júpiter en 174 a.C. por parte de Tiberio Sempronio Graco de un mapa de Cerdeña en conmemoración de su victoria sobre dicha isla. Y este tipo de ejemplos persiste hasta finales de la antigüedad, época que nos ha obsequiado con una de las noticias más valiosas al respecto: se trata del muy famoso pasaje de Vegecio (finales del s. V)⁵⁸ en el que dicho preceptor militar aconseja al buen general no limitarse al uso de los habituales itinerarios escritos (*itineraria adnotata*), sino añadir a ello la consulta de itinerarios en formato gráfico (*itineraria picta*), lo que demuestra la coexistencia de ambos tipos de documentos⁵⁹.

Y para concluir, conservamos como mínimo otras cinco noticias que confirman el uso y consulta de materiales cartográficos con fines diversos, es decir, fuera de los ámbitos concretos que acabamos de describir. Así, Apolonio de Rodas⁶⁰ refiere que los habitantes de la ciudad cólquide de Ea, descendientes de los expedicionarios egipcios comandados por Sesostris (al que no nombra⁶¹), conservan una especie de estelas grabadas de sus antepasados donde figuran todos los pormenores de dicho viaje⁶². Igualmente Varrón (37 a.C.)⁶³ alude a que en un debate mantenido en el templo de la Madre Tierra los interlocutores podían contemplar en la pared un mapa de Italia (*spectantes in pariete pictam Italiam*). Y los ejemplos proliferan en época augústea, prueba de la familiaridad general con este tipo de documentos: Ovidio⁶⁴, en claro anacronismo, trata a uno de los héroes aqueos como a un conciudadano suyo y lo hace dibujar con vino sobre la mesa un mapa del sitio de Troya; Propercio⁶⁵ describe cómo la esposa de un soldado destinado en Oriente constata con dolor sobre el mapa (*cogor e tabula pictos ediscere mundos*) la enorme distancia que la separa de éste; e idéntica familiaridad con el uso cartográfico demuestra Vitrubio⁶⁶, testigo habitual de las representaciones gráficas de los ríos en las

⁵³ Cf. HDT., V 49-50.

⁵⁴ Cf. PLU., *Alc.* 17, 2-3, *Nic.* 12, 1-2.

⁵⁵ Cf. PLU., *Phil.* 4, 9.

⁵⁶ Véase sobre el dato JANNI 1984, p. 27, n. 30; 1998, p. 53.

⁵⁷ Cf. LIV., XLI 28, 8-10.

⁵⁸ Cf. VEG., *Mil.* III 6, 4.

⁵⁹ Sobre esta noticia véase, además de BIANCHETTI 2008, p. 126, JANNI 1984, pp. 31-32; 1998, p. 46; DILKE 1985, p. 112; 1987d, pp. 236-237; PRONTERA 2003a, pp. 29-30. JANNI 1998, p. 47 apunta como posible nuevo ejemplo de cartografía de uso militar el diseño gráfico de los lugares de anclaje de la costa tracia llevado a cabo por Tilio Címber por orden de los cesaricidas Bruto y Casio (cf. APP., *BC IV* 13, 102), sin embargo el propio Janni reconoce que el esquema gráfico de Címber debe considerarse más una labor de agrimensor que de verdadero cartógrafo.

⁶⁰ Cf. A. R., IV 279-281.

⁶¹ Sobre la expedición del faraón Sesostris cf. HDT., II 102-110.

⁶² Véase al respecto DILKE 1985, p. 31; AUJAC 1987b, p. 158.

⁶³ Cf. VARRO, *Rust.* I 2, 1.

⁶⁴ Cf. OV., *Epist.* I 31-36. Véase al respecto DILKE 1985, p. 53; 1987d, p. 253.

⁶⁵ Cf. PROP., IV 3, 33-40. Véase sobre esta noticia DILKE 1985, p. 53; 1987d, p. 253; JANNI 1998, p. 47.

⁶⁶ Cf. VITR., VIII 2, 6. Véase sobre el tema DILKE 1985, p. 53; 1987d, p. 252.

corografías de su tiempo (*quae orbe terrarum chorographiis picta itemque scripta plurima maximaque inveniuntur*).

En definitiva, contamos con un número de noticias reducido, pero suficiente para corroborar el uso antiguo de la carta en sus varias aplicaciones. Sin embargo, llama poderosamente la atención de —al menos— cierta parte de la crítica el hecho de que los restos que nos han llegado de ese material cartográfico sean realmente escasos. A la hora de hacer su recuento debemos, de entrada, ser cautos y prescindir, por un lado, de aquellos testimonios que por sus características no llegan a alcanzar la categoría de ancestros de nuestros mapas modernos, y por otro de aquellos que, aunque puedan aproximarse a dicha condición, rebasan los límites cronológicos de la época que tratamos.

Entre los primeros se hallan al menos tres documentos menores. El primero es un fragmento de piedra arenisca de 56 × 47 cm hallado en 1976 en el campamento romano de Mauchamp (Francia). Aparentemente reproduce un mapa de la Galia y se relaciona con las campañas de César. Sin embargo se ciernen serias dudas al respecto: parece traicionar su condición cartográfica la sospechosa coincidencia excesiva de sus contornos con el trazado de la actual costa francesa, precisamente el mayor argumento esgrimido por sus defensores⁶⁷. Y tampoco puede afirmarse que incluyan propiamente cartas geográficas tres mosaicos datables, quizás, en el s. II d.C.: así el hallado en 1966 en Mérida (ca. 155), donde se observa una representación alegórica (antropomórfica) del cielo y la tierra⁶⁸; el del templo de Fortuna Primigenia en Preneste, con representación del valle del Nilo⁶⁹; y el mosaico de Ostia (*post* 196), imagen sin rotular de la desembocadura de un río dividido en tres brazos (probablemente el delta del Nilo)⁷⁰. Igualmente descartables son, como dijimos, otros ejemplos de contenido cartográfico que pertenecen ya al período bizantino. Protobizantino o, a lo sumo, tardoantiguo (ss. V-VI), debe ser el autor de la combinación de mapa del mundo y anemoscopio (rosa de los vientos) usada como modelo de miniatura por el responsable de un manuscrito (s. XIII) de los escolios a las *Tablas naturales* de Tolomeo⁷¹. Y sin duda bizantinos son, por último, dos famosos mosaicos con representación geográfica. Uno, conservado en la basílica de S. Demetrio en Nicópolis (Epiro, s. VI), ofrece una representación rectangular del mundo, circundado por el Océano, que mantiene el esquema de Éforo, y, como ocurre en el contemporáneo mapa de Cosmas Indicopleustes (véase *infra*), mezcla los principios tradicionales de la geografía griega con la idea cosmogónica judeo-cristiana reflejada en el *Génesis*⁷². El otro, más conocido, fue descubierto entre 1885-1887 en la iglesia bizantina de Madaba (Jordania, segunda mitad del s. VI). Actualmente está incompleto, pero en su estado original debió constituir un rectángulo de 24 × 6 m donde estaban representados los lugares bíblicos, desde la Tebas egipcia hasta Damasco⁷³.

⁶⁷ Sobre este supuesto mapa véase DILKE 1985, pp. 102-103; 1987b, pp. 206-207 (con bibliografía y reproducción fotográfica).

⁶⁸ Véase sobre él DILKE 1985, p. 149.

⁶⁹ Cf. al respecto DILKE 1985, p. 149; 1987d, p. 246, n. 75; MILLARD 1987, p. 118, n. 4 (los dos últimos con bibliografía).

⁷⁰ Cf. sobre el mismo DILKE 1985, pp. 149-150; 1987d, pp. 246-247 (el último con reproducción fotográfica).

⁷¹ Véase sobre este curioso mapa DILKE 1985, p. 170; 1987d, p. 248, n. 80.

⁷² Cf. al respecto DILKE 1985, pp. 150-151; 1987e, p. 264 (el último con reproducción fotográfica); BIANCHETTI 2008, p. 128.

⁷³ Véase sobre este imponente mosaico geográfico JANNI 1984, p. 18, n. 7; DILKE 1985, p. 151; 1987e, pp. 264-265; BIANCHETTI 2008, p. 124 (con reproducción fotográfica); GALLAZZI-KRAMER-SETTIS 2008, p. 277 (con reproducción fotográfica y bibliografía).

Y si prescindimos de esta serie de testimonios menores, el catálogo de la cartografía antigua que ha logrado sobrevivir resulta bastante exiguo: sus miembros se cuentan, a lo sumo, con los dedos de una mano, con el agravante, además, de que la mayoría de ellos son sólo reproducciones medievales cuyos originales no se conservan.

Así ocurre, en primer lugar, con las versiones gráficas del diseño ecuménico propuesto por dos ilustres representantes del pensamiento geográfico griego. En el fol. 19r del *Cod. Vat. Gr. 699* (ss. VIII-IX), copia de la *Topografía cristiana* de Cosmas Indicopleustes (s. VI), se observa un esquema de la tierra en forma rectangular que pretende reproducir la idea que el monje bizantino tenía del mapa diseñado e incluido por Éforo en el libro IV de sus *Historias*, cuyo contenido demuestran conocer ya Ps.-Escimno y Estrabón⁷⁴. Dicho mapa⁷⁵ se reduce a un simple croquis orientado al Sur y bordeado por el Océano, con indicación de los cuatro puntos cardinales mediante el nombre de sus respectivos vientos (Noto = Sur, Bóreas = Norte, Apeliotes = Este y Céfiro = Oeste), los cuatro pueblos que habitaban los extremos del mundo (escitas al Norte, etíopes al Sur, indios al Este y Celtas al Oeste) y las salidas y puestas del sol en verano e invierno⁷⁶.

Algo similar cabe decir sobre los famosos mapas de Tolomeo. Está aún abierto el debate acerca del origen de los diseños cartográficos que ilustran el texto del genio alejandrino desde sus copias manuscritas bizantinas y, evidentemente, siguen presentes en sus ediciones impresas desde el comienzo de las mismas⁷⁷. Dos ejemplos de esos mapas, en concreto del mapa general de la ecúmene, forman parte de la selección de elementos cartográficos existentes en los fondos antiguos de nuestra Biblioteca Universitaria que hemos propuesto para ilustrar el presente capítulo: el primero (Lám. 4), claramente deudor de los descubrimientos contemporáneos (tendencia sobre la que trataremos en su momento), se incluye en la edición tolemaica de Bernardo Silvano (Venecia 1511); el segundo (Lám. 5), plenamente clásico, en la de Miguel de Villanueva (Servet) (Lyón 1535). Lo único que puede afirmarse con certeza sobre esta ardua cuestión es que nada garantiza que el propio Tolomeo, o algún técnico de época inmediatamente posterior (acaso su paisano Agatodemon⁷⁸), sea el responsable de la elaboración de los arquetipos de estos mapas medievales.

Pleno consenso existe, sin embargo, sobre la ascendencia antigua del siguiente testimonio cartográfico⁷⁹. El *Codex Vindobonensis* 324 (ss. XII-XIII), originariamente un rollo de pergamino de 6'75 m de largo × 34 cm de ancho y hoy conservado en la Nationalbibliothek de Viena segmentado en varias secciones por motivos de conservación, contiene un documento único: la representación gráfica en color (el mar y los ríos en verde, las vías en rojo, las montañas generalmente en marrón, los rótulos en negro y rojo

⁷⁴ Cf. COSM. IND., *Top.* II 80; SKYMN., 167-182; STR., I 2, 28. Véase *FGrHist* 70 F 30a-c, con comentario y representación esquemática del mapa.

⁷⁵ Véase su reproducción en AUJAC 1987a, p. 144.

⁷⁶ Véase sobre dicho documento DILKE 1985, pp. 27, 172; AUJAC 1987a, pp. 143-144; BIANCHETTI 2008, pp. 39-40.

⁷⁷ Sobre este viejo debate, aún vivo, cf., p. ej., JANNI 1984, pp. 19-20; DILKE 1985, pp. 80-81, 154; 1987a, pp. 189-190; BIANCHETTI 2008, pp. 108, 117-118.

⁷⁸ Ocho manuscritos de la *Geografía* de Tolomeo indican al final del libro VIII que cierto técnico alejandrino de nombre Agatodemon dibujó un mapa basado en los datos que aporta dicha obra. Véase al respecto DILKE 1985, p. 80; 1987a, p. 190.

⁷⁹ La bibliografía sobre el mismo es muy rica. Hoy día contamos con una serie de estudios importantes: cf. LEVI-LEVI 1978 (con edición fotográfica en color del pergamino); BOSIO 1983; PRONTERA 2003. Véase además DILKE 1985, pp. 113-120, 169; 1987d, pp. 238-242; BIANCHETTI 2008, p. 125; GALLAZZI-KRAMER-SETTIS 2008, pp. 278-280.

y las viñetas habitacionales y demás imágenes en negro, marrón y rojo) de todo el imperio romano, aunque de una forma absolutamente distorsionada, con una anchura más de veinte veces menor que su largura, lo que acorta de forma drástica las distancias Norte-Sur en comparación con los trayectos Oeste-Este. El mapa aparece dividido en once segmentos, aunque falta el inicial, con pérdida de la práctica totalidad de las islas Británicas, Hispania y Mauritania Tingitana. Dicho pergamino llegó en 1508 a manos de Konrad Peutinger y fue publicado por primera vez por su descendiente Markus Wesler en 1598 (a quien debemos la actual denominación de *Tabula Peutingeriana* en honor de su antepasado). Posteriormente fue de nuevo editado en Viena por Franz Christoph von Scheyb en 1753. La última edición, todavía en vigor, se debe a Konrad Miller (Stuttgart 1916), quien reconstruyó, manteniéndola en blanco y negro, la parte perdida⁸⁰. Los datos internos permiten fechar el arquetipo entre 335-366, sin que pueda precisarse su autoría⁸¹. No obstante, su diseño claramente pre-tolemaico y de inspiración eratósténica y su comentada deformación hacen pensar que este original tardío pueda descansar sobre un modelo de ascendencia helenística incluido en un rollo de papiro⁸². El documento pretende mostrar la red viaria del imperio y todos los pormenores relacionados con ella: postas, baños, ríos, bosques, distancias internas, etc. Y aunque no es en sí un mapa militar, responde bien a lo que Vegecio (véase *supra*) consideraba *itinerarium pictum*.

A esa misma categoría parece pertenecer también el primer documento cartográfico propiamente antiguo. Se trata de un mapa descubierto en 1923 durante las excavaciones de Dura Europos (en el Éufrates, cerca de Siria), cuyas medidas originarias serían aproximadamente 65 × 18 cm (aunque el fragmento actual, conservado en la Bibliothèque Nationale de París [*Gr. Supp.* 1354, 2 V], no supera los 45 cm)⁸³. Fue pintado sobre un pergamino pensado quizás como cubierta del escudo de un soldado romano con destino en dicha fortaleza, y se debe datar en el s. III, poco antes de que Roma abandonara la plaza en 260. Orientado al Sur, representa en color (el mar y los ríos en azul, la tierra en tonos rojizos) las costas occidentales del Ponto Euxino (Mar Negro) desde Odeso hasta Panticapeo. El mar incluye la imagen de dos grandes naves y cuatro cabezas de marinos. Junto a la costa, de aspecto curvo, se nombran en griego ocho ciudades, casi todas precedidas de idénticas viñetas habitacionales (cuadradas) y acompañadas del número de millas romanas que las separan entre sí. Además, se representa la desembocadura del Danubio, que recibe igualmente el nombre griego de Istro. Todo hace pensar que su finalidad fue ilustrar el importante trayecto que une Bizancio con el actual estrecho de Kerch, y aunque no debió ser un documento oficial (por estar rotulado en griego), sí se le presupone la utilidad militar de la que hablaba Vegecio.

Mas no puede decirse ya lo mismo acerca de los dos últimos representantes de la deficitaria cartografía antigua que ha logrado llegar hasta nosotros⁸⁴. El fol. 31v del llamado Virgilio Vaticano (*Vat. Lat.* 3225, ca. 400-420) incluye una llamativa miniatura (*pic-*

⁸⁰ Una reproducción facsímil de esta edición, aunque en un tamaño algo mayor (próximo al del pergamino) se incluye en PRONTERA 2003.

⁸¹ Miller lo atribuye a Castorio, geógrafo latino del s. IV frecuentemente consultado por el cosmógrafo de Rávena. Sin embargo, las discordancias entre este último y nuestro mapa dificultan tal atribución. Cf. al respecto DILKE 1985, p. 113.

⁸² Véase sobre el tema DILKE 1985, p. 114; PRONTERA 2003a, pp. 31-32.

⁸³ Véase sobre este documento DILKE 1985, pp. 120-122, 169; 1987d, pp. 249-250; BIANCHETTI 2008, pp. 123-124; GALLAZZI-KRAMER-SETTIS 2008, pp. 276-277. Se reproduce en DILKE 1987d, p. 250 y, parcialmente, en la portada de ARNAUD-COUNILLON 1998.

⁸⁴ Consúltense sobre ellos DILKE 1985, pp. 148-149 y, sobre todo, GALLAZZI-KRAMER-SETTIS 2008, pp. 279-281 (con bibliografía).

tura 21) que ilustra los versos 692-708 del libro III de la *Eneida*. En dicha miniatura⁸⁵ se representa la llegada de un barco a puerto y la isla triangular de Sicilia con ocho viñetas habitacionales que simbolizan sus principales ciudades. Claramente se observa que más que un mapa propiamente dicho, este esbozo cartográfico, sin rotular, no pasa de un dibujo con exclusiva finalidad ornamental, próximo a la pintura paisajística, como prueban su colorido (rojizo de la tierra, azul del mar), movimiento (vela hinchada, olas encrespadas) y perspectiva (proyección de sombras). El mismo códice (en la parte izquierda del fol. 27r) incluye, además, una representación semejante de cinco islas del Egeo.

Lo dicho hasta aquí es suficiente para poner sobre aviso a quien en la actualidad se asoma con interés al complejo mundo de la cartografía antigua. En efecto, la escasa nómina de noticias sobre mapas de época grecolatina y su aún más escaso catálogo de restos fuera de sospecha se alzan como advertencias admonitorias de —cuando menos— un previsible desajuste entre la naturaleza y utilidad de éstos y las de sus descendientes actuales. Pero aún hay más. Vuelve a llamar la atención un hecho igual de singular: es unánime el silencio que guardan los textos antiguos sobre cualquier uso práctico de aquella cartografía, concebida sobre todo como herramienta de índole esencialmente teórica e incapaz de suscitar una mínima confianza como útil destinado a la solución de problemas cotidianos. En tales casos el hombre antiguo mostró clara predilección por la palabra escrita, es decir, por narraciones de corte periplográfico o itinerario⁸⁶. Tal cúmulo de singularidades, interpretadas como anomalías por quienes, desde la óptica tradicional, entienden la cartografía antigua como simple antesala de la nuestra, que sólo la supera por su más lograda técnica⁸⁷, vienen siendo desde hace más de dos décadas el objeto preferido de estudio del prestigioso especialista italiano P. Janni, sin duda uno de los que con más agudeza ha tratado este tema, cuyas opiniones no han dejado a nadie indiferente. Janni, en un libro de lectura absolutamente indispensable⁸⁸ —junto a una larga lista de estudios de no menos importancia—, insiste en concreto en un hecho que choca aún más con nuestra actual concepción del fenómeno cartográfico: destaca que el silencio de las fuentes antiguas sobre el uso práctico de aquellos mapas es especialmente clamoroso en el ámbito de la náutica⁸⁹ y en el de las operaciones bélicas, dos de los dominios que, desde nuestra perspectiva, reclaman con mayor fundamento el subsidio de los mismos. Los ejemplos que aporta como avales de la preferencia por las descripciones verbales⁹⁰ en tales ámbitos son irrefutables. Los testimonios de Aristágoras, Filopemén o Vegecio, a los que aludimos arriba, son ya suficientes para darnos una idea de la desconfianza que cualquier diseño gráfico (admitido, en todo caso, sólo como ayuda secundaria) generaba en el campo militar⁹¹, pero Janni saca a colación un caso quizás todavía más llamativo: el recurso del poeta Crinágoras de Mitilene⁹² al *Periplo* de su amigo Menipo de Pérgamo (contemporáneo de Estrabón), en lugar de ningún mapa, como guía a

⁸⁵ Reproducida en GALLAZZI-KRAMER-SETTIS 2008, p. 281.

⁸⁶ Véase sobre el tema JANNI 1984, pp. 24-28, 30-32, 39-40; 1998, pp. 52-53.

⁸⁷ Cf. JANNI 1984, pp. 33, 51.

⁸⁸ JANNI 1984. Para algunas reseñas sobre el mismo véase, p. ej., E. Kettenhofen, *Gnomon* 57, 1985, pp. 641-643; F. Lasserre, *MH* 42, 1985, pp. 353-354; F. della Corte, *Maia* 38, 1986, p. 88; D. Marcotte, *LEC* 54, 1986, p. 327; A. J. Domínguez Monedero, *Emerita* 55, 1987, pp. 373-375; F. J. González Ponce, *Habis* 21, 1990, pp. 273-274.

⁸⁹ Cf. JANNI 1998, pp. 48-49.

⁹⁰ Cf. JANNI 1998, p. 41.

⁹¹ Cf. JANNI 1984, pp. 32-33; 1998, pp. 45-46, 52-53.

⁹² Cf. *AP IX* 559.

utilizar en su inminente viaje a Italia⁹³.

En opinión del crítico italiano tal elenco de “anomalías” es más que prueba suficiente para la defensa de la radical disparidad de naturaleza y finalidad de la que hace gala la cartografía grecolatina respecto de la nuestra, una naturaleza y una finalidad cuya esencia obedece a razones que, más allá del mero procedimiento de representación gráfica del espacio, deben buscarse en la propia forma de concebir mentalmente el mismo por parte de las sociedades antiguas. Son cruciales a este respecto las conclusiones obtenidas en los estudios sobre el hombre y su respuesta frente al espacio que florecieron en la América de los años sesenta (K. Lynch), a las que han de unirse los logros alcanzados algo antes en el ámbito de la psicología evolutiva por J. Piaget y sus colaboradores, y, especialmente, las aportaciones de K. Lewin en el terreno de la visualización y representación del comportamiento humano y de E. Cassirer en el de la filosofía de las formas simbólicas⁹⁴. Tales precedentes teóricos facultan a Janni para propugnar su principal supuesto: según él en la antigüedad primaba una concepción general del espacio denominada “hodológica”, expresión derivada del vocablo griego *hodós* (“camino”), y dicha concepción da la clave para entender la verdadera naturaleza de la cartografía antigua. El espacio hodológico⁹⁵ es aquel que se concibe de modo lineal, unidimensional y unidireccional, cuya representación depende de la experiencia personal de quienes lo recorren (es un espacio “vivido”), elevada ésta, a falta de datos rigurosos, a categoría de ley. Así entendido, contrasta este espacio con aquel otro —el nuestro— bidimensional y pluridireccional, percibido y representado de forma homogénea, neutra, isótropa, de forma euclídeo-matemática, que posibilita la deducción teórica de todas las posibilidades permitidas por la lógica. El primero de ambos es, por antonomasia, el propio de los animales, y lo comparten igualmente los humanos en los primeros años de su infancia, pero, según Janni, es, además, el que caracteriza a las sociedades antiguas frente a las modernas.

Tal afirmación, con todo, no debe inducirnos al error de pensar que el mundo antiguo no superó la capacidad de percepción que caracteriza las primeras etapas de la evolución humana⁹⁶. Al contrario, el camino que lleva a la conquista de la segunda dimensión fue largo y duro, y sus primeros peldaños vienen ya marcados por el más antiguo intento de plasmar cualquier carta, sea cual sea su diseño. Sin embargo, en el mundo grecorromano tal objetivo no se logró en su plenitud. Como la *Tabula Peutingeriana*, sus esbozos cartográficos nunca superaron la impronta itineraria; es decir, no fueron más allá del inventario de una suma de experiencias vividas que se suceden como anillos, privando al usuario de toda posibilidad de improvisación, de cualquier combinación nueva, ajena a las experiencias constatadas con anterioridad. Y ello dista mucho de la verdadera naturaleza de un mapa como los actuales, entendido como “complejo multidimensional de posibilidades casuales interdependientes”, en cuya elaboración el cartógrafo se vale de elementos abstractos y neutros (como las coordenadas), explota la capacidad deductiva del intelecto y brinda al usuario el elenco de todas las experiencias posibles, incluso aquellas de las que jamás nadie haya sido testigo. Es más, las antiguas representaciones simbólicas de vastos espacios, máximos exponentes del grado de superación de diseños

⁹³ Véase al respecto JANNI 1984, pp. 30-31. Sobre el *Periplo* de Menipo cf. GONZÁLEZ PONCE 1993; 2002 (con bibliografía).

⁹⁴ Cf. JANNI 1984, pp. 11-14, 82-84.

⁹⁵ El término fue acuñado por Lewin. Cf. JANNI 1984, pp. 77-78, 81-82; 1998, p. 42.

⁹⁶ Cf. JANNI 1984, pp. 156-158.

meramente lineales, carecen todavía de finalidad práctica⁹⁷. Sirvan como muestra dos ejemplos. El espacio bidimensional que concibieron los antiguos se reducía a una retícula de líneas unidimensionales bien conocidas, hecho motivado sobre todo por sus deficiencias en el ámbito de la marinería, que rara vez superaba la navegación de cabotaje⁹⁸. De ahí que frente a nuestros paralelos y meridianos, entendidos como líneas puramente abstractas que constituyen la base principal sobre la que se construye la carta, los de los antiguos son sólo meros añadidos a una carta mental ya previamente diseñada, y se hacen coincidir sistemáticamente —en especial los fundamentales— con motivos relevantes desde la óptica empírica (localidades importantes, rutas ancestrales, límites ecuménicos, etc.)⁹⁹. Y en segundo lugar, ya vimos cómo el recurso a la imagen cartográfica no era en la antigüedad tan obvio como hoy: la carta queda siempre en un segundo plano en beneficio de la descripción verbal, de la segura figuración escrita de la tierra a través de las páginas de un libro¹⁰⁰. Se entienden así hechos como el que Estrabón ni siquiera necesitara tener ante sí el modelo gráfico eratóstenico, cuya corrección justamente se proponía¹⁰¹, y el que Tolomeo se limitara en su vasta aportación a transformar la supuesta carta de la ecúmene en una interminable tabla de coordenadas numéricas.

Sin tener en cuenta tal realidad se pensó tradicionalmente que los antiguos llegaron a desarrollar una cartografía semejante a la nuestra¹⁰², pero ello supone obviar que esta última responde a un grado en el avance de nuestro intelecto sólo logrado muy recientemente y, además, por una parte muy reducida de la humanidad¹⁰³. Tanto es así que el griego carece hasta de un término preciso para designar el concepto de “carta geográfica”¹⁰⁴. Según Janni, una visión cartográfica del espacio y su diseño con vistas al uso práctico, tal como ocurre entre nosotros, no son fenómenos que se constatan forzosamente en todas las culturas¹⁰⁵. Deberíamos incluso preguntarnos si los antiguos llegaron a sentir la necesidad de disponer de una herramienta de tal calibre¹⁰⁶. Y habría que responder que, al menos, una navegación como la grecorromana pudo no emplear cartas, al tratarse generalmente de una navegación costera y servirse suficientemente de la des-

⁹⁷ Cf. JANNI 1998, p. 42.

⁹⁸ Cf. JANNI 1998, p. 43.

⁹⁹ Cf. JANNI 1984, pp. 65-73.

¹⁰⁰ Cf. JANNI 1984, pp. 41-46.

¹⁰¹ Sobre el uso de material cartográfico por parte de Estrabón trata además BALADIÉ 1980, pp. 17-18 y especialmente en su apéndice (“De l’usage de cartes à l’époque de Strabon”, pp. 343-350), donde, en oposición a la postura de Janni, concluye que, aunque la cuestión no está cerrada debido a la ausencia de testimonios literarios y arqueológicos, se desprende de la *Geografía* la existencia de una larga tradición cartográfica de dos tipos: una ecuménica, poco difundida y destinada a la erudición, y otra regional y local, destinada al uso práctico de la gente de negocio y los hombres de acción. Su tesis es rebatida por JANNI 1984, p. 39.

¹⁰² En opinión de JANNI 1984, pp. 49-50, las reconstrucciones modernas de los supuestos mapas antiguos, que no son más que falsas correcciones *in peius* de los actuales, han contribuido, en contra de la voluntad de sus creadores, a velar aún más el verdadero horizonte intelectual y espiritual de nuestros autores grecolatinos.

¹⁰³ Cf. JANNI 1984, pp. 33-34.

¹⁰⁴ “*Pínax*”, la expresión más habitual para referirse a un mapa, alude en realidad al soporte material del mismo (“tablilla”). Otros términos, como “*geographía*” (de significado mucho más amplio) o “*períodos*” (tanto esbozo gráfico como descripción escrita) son igual de imprecisos. Cf. al respecto JANNI 1984, pp. 23-24.

¹⁰⁵ Cf. JANNI 1984, p. 52.

¹⁰⁶ Según él, al responder positivamente se corre el riesgo de incurrir en anacronismos tales como atribuir la invención del automóvil a una civilización que careciera de carreteras adecuadas o la de la calculadora a una cuyo conocimiento aritmético no superara el cómputo del uno al diez. Cf. al respecto JANNI 1984, pp. 58-60; 1998, p. 43.

cripción verbal propia de los periplos¹⁰⁷. Lo cierto es que las primeras cartas náuticas no son antiguas, sino bajomedievales (ss. XIII-XIV)¹⁰⁸, y su origen está estrechamente relacionado con la constatación de una serie de cambios, sobre todo técnicos (invención del nuevo timón de bisagra y de la brújula), que garantizaron la navegación de altura y la conquista definitiva de la segunda dimensión frente a la linealidad costera¹⁰⁹. Y mucho más tardío es el alcance de la mayoría de edad por parte de la cartografía terrestre, un hecho vinculado al desarrollo de los grandes estados territoriales con una administración centralizada, hasta el punto de que nuestros primeros mapas de uso militar remontan sólo al s. XVIII y a las guerras napoleónicas. Es verdad —y ya lo reconocimos arriba— que en el mundo romano el uso práctico del diseño gráfico en el ámbito de la agrimensura fue notable, pero no es menos verdad que las diferencias entre el agrimensor y el cartógrafo son sustanciales¹¹⁰: mientras el primero se limita a trazar la forma de un terreno o la planta de una casa o de una ciudad, siempre construcciones humanas, la sola idea de poder reducir a una imagen gráfica amplios sectores de la superficie terrestre presupone el alcance de los más altos peldaños en el proceso evolutivo de nuestra mente, y su logro definitivo es recentísimo y mérito exclusivo de la cultura occidental.

La concepción hodológica, unidimensional, del espacio geográfico antiguo no sólo explica la sustancial divergencia aquí descrita entre los diseños grecorromanos y nuestros mapas, sino que condiciona absolutamente la forma adoptada por aquéllos. En efecto, tanto las descripciones verbales de los diferentes territorios como los esquemas gráficos —ya plasmados o sólo mentales— que se desprenden de éstas acusan la impronta del viajero, del caminante convertido en informador exclusivo¹¹¹. El lenguaje empleado por cualquier autor griego o latino en estos casos es siempre un “*linguaggio da periplo*”, es decir, responde a un estilo descriptivo y a un registro expresivo que presuponen en todo caso la perspectiva de quien recorre una línea, de quien interpreta el entorno sólo desde la atalaya de sus propios pasos. Localización relativa (“frente a” o “junto a” otro) de un punto concreto; alineación de diversos puntos significativos de la superficie terrestre mediante la visibilidad; indicación de promontorios como puntos limítrofes entre dos territorios; especificación de gran variedad de nombres marinos parciales; descripción de los viajes paso a paso, con mención de todos los puntos principales de la vía; subestimación de los cambios de dirección en el recorrido y aproximación del mismo a la línea recta; incapacidad de enlazar transversalmente los diversos recorridos respecto a la línea seguida; alineación de los puntos de un recorrido según el orden de visualización en una dirección única... constituyen las señas de identidad más destacables de una traza compositiva de tal índole, que, sin embargo, no es éste el momento de ilustrar de forma pormenorizada¹¹².

Resulta llamativo comprobar cómo, igual que ocurre en otros muchos ámbitos de nuestra herencia cultural, tampoco las consecuencias de esta forma de concebir el entorno se han desvanecido del todo con la desaparición del mundo clásico. Podríamos dedicar al rastreo de sus huellas un espacio mucho más amplio de lo que nos permiten las presentes limitaciones; de ahí que consideremos suficiente testimoniar la pervivencia de

¹⁰⁷ Cf. JANNI 1998, pp. 51-52.

¹⁰⁸ Cf. además JANNI 1998, pp. 45, 53.

¹⁰⁹ La marina inglesa, p. ej., retrasó muchísimo el uso de cartas náuticas.

¹¹⁰ Cf. JANNI 1984, pp. 62-65.

¹¹¹ El propio JANNI 1984, dedica toda la segunda parte de su libro (“Spazio cartografico e spazio odologico”, pp. 79-158) a describir pormenorizadamente todos estos rasgos.

¹¹² Véase al respecto GONZÁLEZ PONCE 1995, pp. 53-55.

las mismas constatando el eco que aún hallan dos indudables rasgos hodológicos en los grabados cartográficos que exhiben los fondos antiguos de nuestra Biblioteca Universitaria. En el primer caso nos referimos a que, debido a las estrecheces propias de su percepción unidimensional, a la hora de construir la imagen cartográfica de un territorio el geógrafo antiguo necesitaba introducir como principio de ordenación —semejante al empleado por los astrónomos para reagrupar las estrellas— la evocación de figuras (“*schémata*”) ampliamente conocidas entre sus interlocutores¹¹³. Dicho procedimiento, que marca el primer paso hacia la conquista de un espacio bidimensional y es antiquísimo (Hecateo), es el recomendado por Estrabón, quien propugna a tal efecto el recurso a figuras geométricas o de otra índole¹¹⁴: son archiconocidas sus equiparaciones de esta guisa: Bretaña es un triángulo¹¹⁵, Italia un cuadrilátero¹¹⁶, Aquitania un paralelogramo¹¹⁷, la India un rombo¹¹⁸, Iberia una piel de toro¹¹⁹, el Peloponeso una hoja de plátano¹²⁰, etc.¹²¹. Se trata del mismo procedimiento empleado en nuestro tiempo en la enseñanza de la geografía durante las primeras edades escolares¹²², una estrategia (comparar Italia con una bota, p. ej.) que, simple interpretación psicológica de un perfil previamente fijado por la precisa cartografía moderna, quizás hoy no responda más que a un juego intrascendente, pero que en la antigüedad constituía el único expediente que permitía, antes de cualquier fijación gráfica, el dominio intelectual de la forma geográfica del mundo. Aunque lo que ahora nos importa es reseñar cómo se siente todavía heredero de este hábito, desvinculado ya de su virtualidad originaria, el jesuita romano Famiano Strada (Lám. 1), quien inaugura el primero de sus dos volúmenes consagrados a las guerras de Flandes (Roma 1632) con un precioso mapa de los Países Bajos en forma de león.

El segundo de los rasgos hodológicos cuya continuidad en los testimonios cartográficos de nuestros fondos antiguos pretendemos demostrar es consecuencia de uno de los yerros más comunes en los que incurre todo viajero, sea cual sea su época: la tendencia a aproximar cualquier recorrido a la línea, a la que ya nos referimos como una de las características más destacadas de la descripción unidimensional. Antiguos y modernos son incapaces de valorar en su justo término los cambios direccionales que sufre cualquier ruta, de ahí que tanto entonces como hoy se tenga la impresión de que los diferentes puntos de un camino se alinean rectamente, por más que en la realidad sus posiciones sean más o menos divergentes. Son abundantísimos los casos en los que los geógrafos modernos siguen siendo víctimas de este desenfoque, pero más nos interesa ahora subrayar sus precedentes antiguos¹²³. Nos referimos a casos como el del curso de los grandes

¹¹³ Cf. sobre el tema BALADIÉ 1980, pp. 18-23; JANNI 1984, pp. 47-49; CORDANO 1992, “Apendice: Gli «schémata» geografici”, pp. 191-198; BIANCHETTI 1997, p. 77.

¹¹⁴ Cf. STR., II 1, 30.

¹¹⁵ Cf. STR., IV 5, 1.

¹¹⁶ Cf. STR., V 1, 2.

¹¹⁷ Cf. STR., IV 2, 1.

¹¹⁸ Cf. STR., II 1, 21; XV 1, 11.

¹¹⁹ Cf. STR., II 5, 21, III 1, 3. Véase además al respecto GÓMEZ ESPELOSÍN-CRUZ ANDREOTTI-GARCÍA QUINTELA 2007, p. 145.

¹²⁰ Cf. STR., VIII 2, 1. Véase además al respecto BALADIÉ 1980, pp. 18-23.

¹²¹ El elenco completo de tales equiparaciones en Estrabón y Dionisio el Periegeta y su comentarista Eustacio lo ofrece CORDANO 1992, pp. 196-198.

¹²² Se demuestra así, curiosamente, una nueva analogía entre el modo de concebir el espacio del hombre antiguo y el propio de las primeras etapas evolutivas de psicología humana. Véase al respecto BARBIER 1923, en cuya p. 63 (*apud* CORDANO 1992, p. 194) ofrece un sugestivo cuadro de equiparaciones.

¹²³ JANNI 1984, pp. 136-147, explica de forma precisa este fenómeno y ofrece un amplio número de ejemplos que lo ilustran.

ríos (Nilo), interpretados de forma unívoca como rectilíneos, o el de las cadenas montañosas, concebidas de forma lineal incluso a lo largo de miles de km (así el Tauro, desde Anatolia hasta la India). En virtud de tal “vicio” se entiende que paralelos y meridianos, como ya dijimos, alineen de forma artificial los principales puntos de viejas rutas por mucho que difieran sus verdaderas coordenadas¹²⁴. Esta tendencia se hace patente de forma especial en la delineación de las costas, dado que los antiguos carecieron por completo de la facultad de percatarse de la entidad real de golfos y de cabos. La consecuencia es que sus descripciones suelen confundir lo cóncavo y lo convexo, sobrevalorar o minusvalorar entrantes y salientes. Lo que para nosotros es un inmenso trecho de mar (todo el Mediterráneo occidental desde nuestro Levante hasta las costas tirrenas) para los antiguos (Plinio, Mela) es sólo un golfo; y a la inversa: lo que hoy destaca como una de las más evidentes penínsulas (el Decán) para Tolomeo es prácticamente desconocida como tal —¡aunque en sus días se frecuentaba desde hacía tiempo el golfo de Bengala!—, ya que apenas ésta apunta frente a una descomunal isla de Trapobana (Ceilán), según se observa en las citadas Láms. 4 y 5. El resultado es que el trazado costero se esquematiza: como ríos y montes, también el litoral tiende a ser representado de forma asemejada a la línea. Un caso muy llamativo es el diseño de la fachada mediterránea africana, cuyos accidentes principales (las dos Sirtes, es decir nuestros golfos de Sidra y de Gabes) se conciben de forma equívoca y se minimizan, un error que perdura hasta Tolomeo, tal como puede comprobarse, de nuevo, en la Lám. 5. Pero es posible seguir el rastro de esta tendencia hasta épocas muy recientes: entre nuestros fondos cartográficos antiguos la acusa con claridad todavía el mapa del Patriarcado de Constantinopla (Lám. 2) que el jesuita Adrian Daude incluye en el libro V del primer tomo de su historia romana (Wurzburgo 1748). En él se observa la simplificación cuasilineal de las costas septentrional y, especialmente, meridional de Anatolia, a resultas de lo cual el esquema de dicha península rememora, sorprendentemente, su antiguo aspecto, reflejado en la primera tabla asiática de Tolomeo, tal como muestra, p. ej., su ya mencionada edición veneciana de Bernardo Silvano, conservada en nuestra Biblioteca (Lám. 3): sobre el modelo del historiador moderno en este caso parece no haber duda.

Pero la deuda de nuestros fondos antiguos respecto a la cartografía grecolatina y los principios que la rigen no acaba con la detección en sus mapas de ciertas marcas que certifican la presencia en ellos —con una u otra finalidad, por imitación o por subsistencia de hábitos— de la primitiva impronta unidimensional. Junto a la arquitectura, la ciencia, las normas sociales o las artes en general, la geografía, y en concreto la cartografía, forman parte de todo ese bagaje cultural clásico que sustenta nuestro mundo actual, al que ha arribado, con más o menos fortuna e interferencias, a lo largo de siglos¹²⁵. Así, al margen de ciertas incongruencias con los escritos sagrados, la vieja teoría griega de la esfericidad de la tierra se mantuvo a lo largo de la edad media desde los primeros padres de la Iglesia (S. Agustín)¹²⁶. En 1220 el astrónomo y matemático inglés Juan de Sacrobosco (John de Hollywood) consagra y divulga esta teoría en su célebre *Tratado sobre la esfera*, convertido muy pronto en el manual de iniciación a la astronomía por excelencia, que conoció infinidad de copias, comentarios, correcciones y actualizaciones, y estuvo en uso hasta el s. XVII, mucho después de la aceptación de las tesis coper-

¹²⁴ Así el paralelo fundamental, la “*euthéia*” (“línea recta”: paralelo 36°) que trazara Dicearco desde Gibraltar hasta el Hindukush. Véase al respecto DILKE 1985, p. 30.

¹²⁵ Sobre la tradición antigua en la cartografía del Renacimiento cf. MORELAND-BANNISTER 1983³, pp. 11-60.

¹²⁶ Cf. al respecto WOODWARD 1987, p. 319; BIANCHETTI 1997, p. 65.

nicanas¹²⁷. En uno de esos comentarios posteriores (*Compendio sobre la Esfera*) el humanista italiano Giovanni Piero Valeriano Bolzani (1477-1558) reaviva toda la polémica antigua relacionada con la forma esférica del mundo, su división en cinco zonas climáticas (incluida la discusión de las posibilidades de habitabilidad de los polos y el ecuador) y el trazado de la eclíptica, volviendo con ello a tópicos en boga desde Parménides hasta Posidonio, especialmente fijados por Aristóteles. Como ilustración de dicho debate clásico incluye (Paris 1556) una figura muy esquemática de la tierra (Lám. 6) que, aunque con ciertas concesiones a los nuevos descubrimientos, es casi un calco de la manejada por sus modelos griegos.

A veces se mantienen vivos los vestigios de algunas interpretaciones muy concretas de la antigua teoría esférica. En su momento advertimos cómo la representación cuatripartita del globo terráqueo dividido por un Océano en forma de cruz que preconizara Crates de Malo a mediados del s. II a.C. estaba llamada a gozar de gran fortuna¹²⁸. La tuvo ya en época romana, al ser admitida por Cicerón en su famoso “Sueño de Escipión”¹²⁹, y ésta se acrecentó definitivamente en la antigüedad tardía: en su conocido *Comentario al Sueño de Escipión de Cicerón* Macrobio (último cuarto del s. IV) canoniza esta teoría¹³⁰, cuya divulgación se verá favorecida algo después por la aparición del popular tratado *Sobre las bodas de Filología y Mercurio* del enciclopedista Marciano Capela (*fl.* 410-439). El esquema gráfico resultante de tal interpretación geográfica fue tan profusamente divulgado a lo largo de la edad media —entre los ss. IX y XV las copias del *Comentario* de Macrobio lo reproducen en más de 150 ocasiones— que éste constituye uno de los cuatro tipos en los que se clasifican los habituales *mappaemundi* de la época: concretamente el conocido como “tipo zonal”. Se trata de la representación de los dos hemisferios conocidos de Crates, rodeados ahora por el Océano, a los que se aplica el tradicional esquema griego de las cinco zonas climáticas, con la novedad de que la ecuatorial o tórrida (*perusta*), inhabitable, queda dividida en dos por una corriente oceánica (*alveus Oceani*). Los dos extremos polares (*zonae frigidae*) excluyen igualmente la habitabilidad humana, que se limita a las dos franjas intermedias (*zonae temperatae*), una conocida (la septentrional) y otra desconocida (la meridional, sede de los supuestos “antípodas”). Y la popularidad del esquema descrito queda también patente en el conjunto de nuestros antiguos fondos cartográficos. Una reproducción del mismo (Lám. 7) es incluida por el astrólogo inglés John de Eschenden (Ioannes Eschuid) en su conocido tratado (Venecia 1489), aunque ésta ofrece alguna que otra peculiaridad: alrededor del mapa se incluye la rosa de los vientos, algo frecuente, si bien lo es menos la inversión de los extremos oriental y occidental (Europa a la derecha y Asia a la izquierda).

Pero la época en la que la moderna cartografía europea, y por ende nuestros antiguos fondos bibliográficos, acusan una mayor deuda respecto de sus predecesores grecolatinos coincide con la divulgación en Occidente de la obra de Tolomeo durante el s. XV¹³¹. Su primera traducción latina, auspiciada por el propio Crisolaras, data de comienzos del mismo (Jacopo d’Angelo, 1401-1407), aunque la latinización de sus mapas tuvo que aguardar todavía casi una década (Francesco Lapaccini y Domenico Buoninsegni, 1415).

¹²⁷ Una reproducción de su esfera ilustra la portada de la presente sección de la exposición virtual. Véase sobre el autor y la obra WOODWARD 1987, pp. 306-307, 314, 321.

¹²⁸ Véase al respecto DILKE 1985, p. 174; WOODWARD 1987, pp. 296-300, 353-355; BIANCHETTI 1997, pp. 65-66; 2008, p. 129.

¹²⁹ Cf. CIC., *Rep.* VI 20-21.

¹³⁰ Cf. MACR., *Somn.* II 5-8.

¹³¹ Véase al respecto MORELAND-BANNISTER 1983³; DILKE 1985, pp. 160-166; EDSON 2007; BIANCHETTI 2008, pp. 130-131.

La demanda general de mapas tolemaicos en las cortes europeas durante los ss. XV y XVI motivó que muchos humanistas (en Florencia, Ferrara o Roma, p. ej.), se consagrarán a su revisión, actualización (las *tabulae novae* creadas bajo el patronazgo del Papa Pío II) y desarrollo (mapas de Nicolaus Germanus para el Vaticano). Con la década de los setenta la obra de Tolomeo arriba a la imprenta. La *editio princeps* (Vicenza 1475) carecía aún de mapas, pero no así las tres siguientes: Bolonia (1477), Roma (1477-1478) y Ulm (1482), la última con inclusión de los diseños elaborados por Nicolaus Germanus.

La influencia de la cartografía tolemaica fue de tal calibre que motivó el nacimiento de un cuarto tipo en el conjunto de los *mappaemundi* medievales¹³²: el llamado “tipo transicional”, ya tardío (ss. XIV y XV), que se beneficia igualmente de las mejoras que aportan los portulanos contemporáneos. Mapas de este tipo, fieles al patrón del Alejandro, empezaron a usarse como ilustraciones de la *Corografía* de Pomponio Mela (mitad del s. I d.C.)¹³³. El proceso comienza muy pronto: el caso más antiguo que conocemos es el mapa de Pirrus de Noha (copista del cardenal Giordano Orsini)¹³⁴, elaborado ca. 1414 e incluido en un manuscrito de Mela conservado hoy en la Biblioteca Apostólica Vaticana¹³⁵. Y aunque mucho más tarde (1498), dicho proceso halla reflejo en nuestros antiguos fondos cartográficos: un nuevo mapa de clara inspiración tolemaica (Lám. 8) se incluye en la edición salmantina de Mela debida a Francisco Núñez de la Yerba. En este caso no se sigue la pauta de Pirrus de Noha, sino que el diseño es mucho más esquemático: se trata de un simulacro de proyección cónica que recuerda en todo momento el contemporáneo mapa del mundo que ofrece la famosa *Crónica de Nürenberg* del humanista alemán Hartmann Schedel (1493)¹³⁶. Todo ello debe entenderse como resultado del paulatino empeño de actualización de la obra de Mela y de su adecuación a los nuevos descubrimientos, hasta el extremo de conciliar, casi un siglo después (Amberes 1582), el diseño del geógrafo latino con el novísimo esquema orteliano, según se reconoce explícitamente en el mapa (Lám. 9) incluido en su edición de Andreas Schott, obra que engrosa igualmente nuestro repertorio de fondos antiguos.

Al menos hasta la primera mitad del s. XVI el esquema de Tolomeo sigue siendo el patrón cartográfico por excelencia¹³⁷. Ni siquiera el descubrimiento del Nuevo Mundo —al que contribuyó no poco— ni los de los intrépidos marinos portugueses al amparo del príncipe Enrique el Navegante en la segunda mitad del s. XV (Bartolomeu Dias llega al cabo de Buena Esperanza en 1488, Vasco da Gama alcanza la India en 1498) van a ocasionar su relevo: muy al contrario, será nuevamente el diseño tolemaico el beneficiario de estos nuevos datos, que lo actualizan y garantizan su vigencia (recuérdese lo dicho *supra* sobre la Lám. 4). Un ejemplo muy claro de la nueva forma que éste adopta ahora lo ofrece el conocido *mappamundi* del cartógrafo alemán Martin Waldseemüller (1507)¹³⁸: se representa América, cuyo nombre se usa por primera vez (arriba se incluyen las figuras de Tolomeo y Vespucio), el Índico no aparece ya como un océano cerrado en su flanco sur y se esbozan la forma de Indochina y las islas del Pacífico. Pero

¹³² Junto al “zonal”, de inspiración macrobiana, al que ya nos hemos referido, y a los dos tipos de esquema en “T-O”: el tripartito y el cuatripartito. Véase una representación esquemática de los mismos en WOODWARD 1987, p. 297.

¹³³ Cf. sobre el tema DILKE 1985, p. 181; WOODWARD 1987, pp. 316, 358.

¹³⁴ Cf. EDSON 2007, pp. 124, 127.

¹³⁵ Puede verse una reproducción del mismo en HARLEY-WOODWARD 1987, lám. 19.

¹³⁶ Puede verse su reproducción en SCHNEIDER 2004, p. 33. Sobre la obra de Schedel cf. MORELAND-BANNISTER 1983³, pp. 22-24.

¹³⁷ Cf. DILKE 1985, pp. 164-166.

¹³⁸ Puede verse una reproducción del mismo en SCHNEIDER 2004, pp. 34-35.

toda la costa meridional de Asia, desde el mar Rojo hasta el actual golfo de Bengala, mantiene todavía la exacta traza tolemaica, con ausencia de la península del Decán y desmesura en el tamaño de la isla de Trapobana (véanse las Láms. 4 y 5). En nuestros fondos, para concluir, también halla eco esta última actualización de Tolomeo: recuerda el modelo de Waldseemüller el mapa del mundo (Lám. 10) que incluye en su famosísimo *Isolario* el cartógrafo italiano Benedetto Bordone (Venecia 1528, reimpresso en 1534 [nuestro ejemplar], 1547 y 1565)¹³⁹.

Desde el punto de vista de la cartografía la segunda mitad del s. XVI es testigo de la superación definitiva de los modelos clásicos, y ello gracias, especialmente, a la labor de dos cartógrafos flamencos¹⁴⁰. El primero es Gerard de Kremer (Gerardus Mercator), autor entre 1578-1588 de un atlas —término que se crea ahora— en el que remozó a Tolomeo con técnicas muy novedosas. Pero el mérito se debe sobre todo a Abraham Ortelius (1527-1598), geógrafo de Felipe II desde 1575 y autor del muy famoso *Theatrum Orbis Terrarum*, un atlas iniciado en 1570, actualizado varias veces hasta 1612 (después de su muerte) y traducido a siete idiomas. La versión española (1588) forma igualmente parte de nuestro fondo antiguo. Puede decirse que con Ortelius ve la luz la cartografía moderna, que emprende desde entonces —y ya sin titubeos— su camino sin retorno hasta lo que esta ciencia es en la actualidad.

¹³⁹ Véase al respecto MORELAND-BANNISTER 1983³, pp. 14, 65.

¹⁴⁰ Aparte de ellos habría que citar también al alemán Sebastian Münster (1489-1552), editor de Tolomeo (Basilea 1540) y autor de una *Cosmographia universalis* (Basilea 1544) que se convirtió en el atlas de referencia en Centroeuropa durante mucho tiempo (su última reedición data de 1628). Una reproducción de su mapa del mundo puede verse en MORELAND-BANNISTER 1983³, p. 7.

Catálogo de láminas

1. Famiano Strada, *De bello Belgico decas prima ab excessu Caroli V Imp. an. MDLV usque ad initia praefecturae Alexandri Farnesii Parmae, ac Placentiae ducis an. MDLXXVIII*, Roma, Francesco Corbeletti, 1632, p. 1.
2. Adrian Daude, *Historia vniuersalis et pragmatica romani imperii, regnorum, provinciarum...*, tomus I, continet apparatus chronologicum, notitia sex priorum mundi aetatum & historiam universalem romani imperii..., Würzburg, Johann Jakob Christoph Kleyer, 1748, NP (4º mapa del libro V).
3. Bernardo Silvano, *Liber Geographiae cum tabulis: Libri octo*, Venezia, Giacomo Penzio, 1511, p. 136.
4. Bernardo Silvano, *Liber Geographiae cum tabulis: Libri octo*, Venezia, Giacomo Penzio, 1511, p. 121.
5. Miguel de Villanueva (Servet), *Claudii Ptolemaei Alexandrini geographicae enarrationis libri octo*, ex Bilibaldi Pirckeymheri (Willibald Pirkheimer) tralatione; sed ad graeca & prisca exemplaria a Michaele Villanouano iam primum recogniti; adiecta insuper ab eodem Scholia ..., Lyon, Melchior et Gaspard Trechsel, 1535, p. 232.
6. Giovanni Piero Valeriano Bolzani, *Compendium in Sphaeram*, in: *Sphaera Ioannis de Sacro Bosco emendata; Eliae Vineti Santonis Scholia in eandem Sphaeram ab ipso authore restituta. Adiunximus huic libro Compendium in Sphaeram per Pierium Valerianum Bellunensem. Et Petri Nonii Salaciensis Demonstrationem eorum... eodem Vineto interprete*, Paris, Guillaume Cavellat, 1556, p. 82.
7. John de Eschenden, *Summa astrologiae iudicialis de accidentibus mundi*, Venezia, Johann Lucilius Santritter, 1489, p. 44.
8. Francisco Núñez de a Yerba, *Cosmographia Pomponii cum figuris*, Salamanca, [Typ. Nebrissensis: "Gramática" (Haeb. 470)], 1498, p. 5
9. Andreas Schott, *Pomponii Melae De situ orbis libri tres*, And. Schottus antuerpianus recensuit et spicilegio illustravit; additae Hermolai Barbari veneti & Frede-nandi Nonij pintiani Castigationes, Antwerp, Christophe Plantin, 1582, p. 85.
10. Benedetto Bordone, *Isolario di Benedetto Bordone nel qual si ragiona di tutte l'Isole del mondo...*; con la gionta del Monte de Oro novamente ritrovato; con il breve del Papa, Venezia, Niccolo Zoppino, 1534 (1528¹), p. 8v.

BIBLIOGRAFÍA

- ARNAUD, P. – P. COUNILLON (eds.), 1998, *Geographia Historica* (Ausonius, Coll. Études, 2), Bordeaux-Nice.
- AUJAC, G., 1987a, “The Foundations of Theoretical Cartography in Archaic and Classical Greece (Prepared by the Editors from Materials Supplied by G. A.)”, in: HARLEY-WOODWARD 1987, pp. 130-147.
- , 1987b, “The Growth of an Empirical Cartography in Hellenistic Greece (Prepared by the Editors from Materials Supplied by G. A.)”, in: HARLEY-WOODWARD 1987, pp. 148-160.
- BALADIÉ, R., 1980, *Le Péloponnèse de Strabon*, Paris.
- BARBIER, L., 1923, *La geografia del bambino*, Firenze.
- BIANCHETTI, S., 1997, “Conoscenze geografiche e rappresentazioni dell’ecumene nell’antichità greco-romana”, in: C. Tugnoli (ed.), *I contorni della terra e del mare. La geografia tra rappresentazione e invenzione della realtà*, Bologna, pp. 51-92.
- , 2008, *Geografia storica del mondo antico*, Bologna.
- BOSIO, L., 1983, *La Tabula Peutingeriana. Una descrizione pittorica del mondo antico*, Rimini.
- CANFORA, L., 2006, “Postilla testuale sul nuovo Artemidoro”, *QS* 64, pp. 45-60.
- , 2007, *The true history of the so-called Artemidorus papyrus, with an interim text*, Bari.
- , 2008, *Il papiro di Artemidoro e un saggio del nuovo papiro*, Roma-Bari.
- – L. BOSSINA (eds.), 2008, *Wie kann das ein Artemidor-Papyrus sein? = Ma come fa a essere un papiro di Artemidoro?*, Bari.
- CORDANO, F., 1992, *La geografia degli antichi*, Roma-Bari.
- DESANGES, J., 1978, *Recherches sur l’activité des Méditerranéens aux confins de l’Afrique (VI^e siècle avant J.-C.-IV^e siècle après J.-C.)* (Collection de l’École française de Rome, 38), Rome.
- DILKE, O. A. W., 1985, *Greek and Roman Maps*, London.
- , 1987a, “The Culmination of Greek Cartography in Ptolemy (with Additional Material Supplied by the Editors)”, in: HARLEY-WOODWARD 1987, pp. 177-200.
- , 1987b, “Maps in the Service of the State: Roman Cartography to the End of the Augustan Era”, in: HARLEY-WOODWARD 1987, pp. 201-211.
- , 1987c, “Roman Large-Scale Mapping in the Early Empire”, in: HARLEY-WOODWARD 1987, pp. 212-233.
- , 1987d, “Itineraries and Geographical Maps in the Early and Late Roman Empire”, in: HARLEY-WOODWARD 1987, pp. 234-257.
- , 1987e, “Cartography in the Byzantine Empire (with Additional Material Supplied by the Editors)”, in: HARLEY-WOODWARD 1987, pp. 258-276.
- EDSON, E., 2007, *The world map, 1300-1492: the persistence of tradition and transformation*, Baltimore.
- FERRERO, E., 2006, *La misteriosa storia del papiro di Artemidoro*, Torino (= *La incredibile historia del papiro de Artemidoro*, trad. cast. de D. Aldea Rossell, Barcelona, 2008).
- GALLAZZI, C. – B. KRAMER, 1998, “Artemidor in Zeichensaal. Eine Papyrusrolle mit Text, Landkarte und Skizzenbüchern aus späthellenistischer Zeit”, *APF* 44, pp. 189-208.
- — — S. SETTIS (eds.), 2008, *Il papiro di Artemidoro (P.Artemid.)*, Milano.

- — S. SETTIS (eds.), 2006, *Le tre vite del papiro di Artemidoro. Voci e sguardi dall'Egitto greco-romano*. Catalogo della mostra tenutasi a Palazzo Bricherasio (Torino, 8 febbraio-7 maggio 2006), Milano.
- GANGUTIA ELÍCEGUI, E., 2006, “El nuevo papiro de Artemidoro y la interpretación arcaizante del geógrafo”, in: E. Calderón – A. Morales – M. Valverde (eds.), *KOINÒS LÓGOS. Homenaje al profesor José García López*, Murcia, pp. 247-252.
- GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J. – G. CRUZ ANDREOTTI – M. V. GARCÍA QUINTELA, 2007, *Estrabón. Geografía de Iberia*, Madrid.
- GONZÁLEZ PONCE, F. J., 1993, “El *Periplo* griego antiguo: ¿Verdadera guía de viajes o mero género literario? El ejemplo de Menipo de Pérgamo”, *Habis* 24, pp. 69-76.
- , 1995, *Avieno y el Periplo*, Écija.
- , 2002, “Periplografía griega de época imperial”, *Habis* 33, pp. 553-571.
- , 2008, *Periplógrafos griegos I: Épocas Arcaica y Clásica 1: Periplo de Hanón y autores de los siglos VI y V a.C.*, Zaragoza.
- HARLEY, J. B. – D. WOODWARD (eds.), 1987, *The History of Cartography, I: Cartography in Prehistoric, Ancient, and Medieval Europe and the Mediterranean*, Chicago-London.
- JANNI, P., 1984, *La mappa e il periplo. Cartografia antica e spazio odologico*, Roma.
- , 1998, “Cartographie et art nautique dans le monde ancien”, in: ARNAUD-COUNILLON 1998, pp. 41-53.
- LANZILLOTTA, E., 1988, “Nota di cartografia greca”, in: P. Janni – E. Lanzillotta (eds.), *GEOGRAPHIA. Atti del Convegno su Geografia e cartografia antica (Macerata 1985)*, Roma, pp. 95-103.
- LEVI, A. – M. LEVI, 1978, *La Tabula Peutingeriana*, Bologna.
- MICUNCO, S., 2006, “Figure di animali: il verso del papiro di Artemidoro”, *QS* 64, pp. 5-43.
- MILLARD, A. R., 1987, “Cartography in the Ancient Near East”, in: HARLEY-WOODWARD 1987, pp. 107-116.
- MORELAND, C. – D. BANNISTER, 1983³, *Antique Maps*, London.
- PRONTERA, F., 2003, (ed.), *Tabula Peutingeriana. Le antiche vie del mondo*, Firenze.
- , 2003a, “La *Tabula Peutingeriana* nella storia della cartografia antica”, in: PRONTERA 2003, pp. 17-41.
- RUIZ ACEVEDO, J. M. – J. M. CAMPOS CARRASCO, 2009, “El litoral onubense y algarveño en el Papiro de Artemidoro: una nueva interpretación”, *Habis* 40, pp. 89-107.
- SCHNEIDER, U., 2004, *Die Macht der Karten. Eine Geschichte der Kartographie vom Mittelalter bis Heute*, Darmstadt.
- SETTIS, S., 2008, *Artemidoro: un papiro dal I secolo al XXI*, Torino.
- WOODWARD, D., 1987, “Medieval *Mappaemundi*”, in: HARLEY-WOODWARD 1987, pp. 286-370.